

MIENTRAS EL RÍO BAJA.

La burbuja

De nuestro colaborador y amigo José Luis Rodríguez

Definimos el espacio como el continente de todos los objetos sensibles que coexisten, que es una definición insuficiente, pues el espacio es el lugar que las cosas ocupan, más el vacío de su alrededor. Decía Platón una verdad bien sencilla: «Las cosas sensibles se reconocen porque ocupan espacio, por ser materiales, pero las ideas no conocen el espacio porque no son materiales». Para Aristóteles, no hay espacio sin cosas, pues son éstas las que aportan la idea de espacio, sin embargo, éste no participa de la naturaleza de las cosas. El espacio no es una realidad en sí misma, sino una relación determinada por la posición de los cuerpos. De acuerdo con esta idea, para Kant, el espacio, como el tiempo, no es una cosa sino solamente una intuición pura. Y los humanos somos constructores mentales de espacios. Todos tenemos una idea o intuición del espacio y, además, otra idea de nuestro espacio propio, de eso que llaman burbuja.



Han convenido en llamar figuradamente burbuja, al espacio propio, íntimo, mínimo y vital de todo ser humano (parece que fue idea del filósofo polaco Adam Schaff). Lllaman burbuja al glóbulo abstracto dentro del cual transcurre nuestra existencia, porque andamos siempre dentro del espacio que ocupa nuestra

burbuja. Cada persona con su burbuja. La burbuja quiere ser un espacio aséptico y aislado. Barrunto que acaso tenga que ver algo con la idea del ego, con el yo. Evidentemente, nuestra burbuja tiene más espacio que nuestro cuerpo. El volumen de nuestro cuerpo está en relación física con el volumen de agua que desaloja, como demostró Arquímedes, pero el volumen de nuestra burbuja es mayor aún.



Adam Schaff

Arquímedes

La burbuja vive, claro, en diversos ambientes, unos cerrados y otros abiertos. Cerrados como el ascensor, el metro, el autobús, el café, el restaurante, el teatro y abiertos como la plaza, el monte, la playa, el mar, el yermo. Según en qué espacio de éstos situemos la burbuja, ésta altera o adapta su tamaño.

La burbuja tiene el volumen de nuestro cuerpo, en efecto, más el volumen de nuestra conciencia de espacio propio. Eso parece que depende de la edad, el sexo, la categoría social, el país, la raza, la lengua. Fuera de lo social, el aliento, el vestido, el olor cantan volúmenes de burbuja también.

Nuestra burbuja se manifiesta desde el nacimiento: el lloro del bebé acaso pueda ser manifestación de estar sufriendo un ataque a su burbuja, y la sonrisa, al contrario, una revelación del respeto por ella, pues la burbuja se irá conformando con la educación, el crecimiento, los tratos sociales...

En el ámbito de lo social observamos burbujas grandes y burbujas pequeñas. El joven, el triunfador, el campeón, el millonario, el

hombre público se fabrican sus grandes espacios personales, sus grandes burbujas. En cambio, parece que las prácticas místicas o religiosas, así como la pobreza y la miseria favorecen la reducción del volumen de la burbuja, propiciando a cambio fenómenos psicológicos: la introversión, la timidez, la modestia, la humildad, el recato, la reserva, la prudencia.



Los saludos y los tratamientos expresan tamaños de burbuja. En la comunicación hay gente que saluda a distancia, hay gente que lo hace a distancias más cortas, unos nos tocamos, otros se manosean, otros hasta se besan, porque tienen sin duda otro sentido de su burbuja. Los escandinavos marcan distancias con sus saludos de brazos muy extendidos. Creo haber observado en el Norte de Europa burbujas más grandes que en el Sur. Es una suposición no una certeza.

De lo dicho, aquí planto una casuística vivida. En las trattorias de Nápoles nunca te decían que estaba lleno, a pesar de dar esa impresión, pues el camarero siempre hallaba un huequecito para ti en una mesa muy concurrida ya de comensales. Otra: Tomé un taxi en una plaza de la ciudad santa de Mulay Idris (Marruecos) para ir a ver los monumentos arruinados de la cercana ciudad romana de Volubilis, pero el coche no arrancaba y yo le apremiaba al chófer y venga de subir gente a mi taxi y, hasta que estuvo abarrotado, no arrancó. Íbamos todos apretujados, aborregados y percibiendo las más perfumadas mixturas. Por el contrario, si entrabas en un restaurante normal de Oslo, el camarero te situaba en la mesa más lejana posible respecto de otro comensal, algo también exagerado, y todo por la burbuja. Por

supuesto que en el Sur de Europa averiguar burbujas y mantener o respetar distancias es difícil pretensión.



Mulay Idris

Oslo

Mi burbuja no es estable, cambia de volumen, experimenta continuamente constricciones y dilataciones. La amistad, la simpatía, el afecto reducen el volumen de la burbuja, en cambio, la antipatía, el odio, la enemistad lo aumentan rápidamente. Tu burbuja se empequeñece si viajas en el metro o en el autobús o si vas al estadio o donde sufras hacinamientos y aglomeraciones. En estos casos, cuando se siente la burbuja amenazada, en su propietario creemos notar cierta tensión.

En la comunicación no verbal (gestos y ademanes), hablamos mediante nuestra burbuja, pues los significados y los mensajes dependen de dónde nos situemos con el cuerpo y de lo que hagamos con él. En la actualidad estamos viendo, ante la crisis del virus, que la idea de burbuja o de conciencia espacial, que distingue a unas personas de otras, es endeble. Vemos que hay personas que no tienen conocimiento de la distancia, es decir que no reconocen su burbuja y, menos, la burbuja de los otros. Hoy he de ir de compras a lugar concurrido, procuraré, pues, respetar burbujas.

<https://www.youtube.com/watch?v=Gcxv7i02lXc> Por una cabeza, que bien se pudo titular Por una burbuja. No se pierdan el video